blaba y en lo que hacia, á fin de que el Rey no conciba la menor sospecha.

PRINCESA. — (*Despues de un momento de reflexion, muy sorprendida.*) Todo se acuerda perfectamente, y no puede ser sino que conoce esta aventura... ¡Es inconcebible! ¿Quién puede haberle revelado... quién? repito... ¿quién puede ser, sino el amor, el amor de vista de lince... penetrante, profunda?... Pero continúa, continúa... ¿Ha leido el billete?

PAJE. — El billete, decia él, le anunciaba una dicha que le hacia temblar y que no se hubiera atrevido á soñar nunca... Por desgracia el Duque ha entrado en la sala, y esto nos ha obligado...

PRINCESA. — (*Con acritud.*) ¿Qué tenia que hacer el Duque allí?... ¿Pero, dónde está?... ¿Por qué tarda, por qué no parece? ¿Ves cómo te han informado mal? Podria ser ya feliz, durante el rato que tú empleas en contarme que quiere serlo.

PAJE. — Temo que el Duque...

PRINCESA. — Otra vez el Duque... ¡Qué tiene que ver con esto! ¡Qué tiene que ver el valiente general con mi tranquila felicidad!... Podia plantarlo, ó mandarle que se retirara. ¿Con quién no se obraría así en estos casos? ¡Oh!... Me parece que tu Príncipe ni comprende el amor, ni el corazon de las mujeres, ni sabe lo que son los minutos... Silencio; oigo pasos. Véte; es el Príncipe. (*El paje se vá.*) Vé, vé. ¿Dónde está mi laud? Conviene que me sorprenda... Mi canto debe ser la señal...

ESCENA VIII.

La PRINCESA.—Poco despues CARLOS.—La Princesa se ha sentado sobre una otomana; toca el laud.

CARLOS.— (*Entra precipitadamente, reconoce á la Princesa, y queda como herido del rayo.*) ¡Dios mio! ¿Dónde estoy?

PRINCESA. — (*Deja caer su laud, y corre hácia él.*) ¡Ah! príncipe Cárlos... En verdad...

CARLOS. — ¡Dónde estoy!... ¡Torpe equivocacion!... he tomado una habitacion por otra.

PRINCESA. — ¡Cómo fija Cárlos su atencion en las habitaciones donde hay damas sin testigos!

CARLOS. — Perdonadme, Princesa; he encontrado el primer salon abierto.

PRINCESA. — ¡Es posible!... Paréceme, sin embargo, que lo habia cerrado...

CARLOS. — Os lo parece... sólo os lo parece, pero sin duda os equivocais... Que quisiste cerrarlo; conforme, pero no lo estaba; seguramente que no lo estaba... Oigo tocar un laud... ¿No era un laud? (*Mira en torno suyo, dudoso.*) Sí; vedle allí todavía... y el laud... yo gusto de esta música con locura... Soy todo oidos, y sin saber lo que me pasa, me apresuro á entrar en ese gabinete para ver los bellos ojos de la amable cantatriz, cuyo celeste hechizo me ha arrebatado.

PRINCESA. — Galante curiosidad que por lo que veo, ha desaparecido bien pronto. (*Despues de un momento de silencio, con acento intencionado.*) ¡Oh! estimo en mucho la modestia de quien para no ofender el pudor de una dama, se pierde en tales invenciones.

CARLOS.— (*Con confianza.*) Princesa, comprendo que agravo una situacion que quisiera mejorar. Excusadme una tarea que no podria llevar á cabo cumplidamente. Buscabais sin duda en esta habitacion un refugio contra la sociedad, y quereis, lejos de las miradas de los hombres, entregaros á los secretos deseos de vuestro corazon: yo llego aquí como importuno accidente que disipa vuestro sueño. Debo alejarme sin tardanza. (*Hace que se vá.*)

PRINCESA. — (*Sorprendida y desconcertada, y serenándose luego.*) Príncipe, esto no me parece bien.

CARLOS.— Princesa, comprendo lo que significa vues-

tra mirada en este gabinete... y respeto la turbacion de la virtud... ¡ Ay de aquel á quien alienta el rubor de una mujer ! Cuando las mujeres tiemblan ante mí, se apodera de mí la timidez.

PRINCESA. — ¡ Es posible ! Escrúpulo sin ejemplo en un jóven y en un Príncipe. ¡ Pues bien ! ahora debeis quedaros ; os lo suplico... Semejante virtud disipa las inquietudes de una doncella... ¿ Sabeis que vuestra súbita aparicion me ha sorprendido á mitad de mi ária favorita ? (*Le conduce junto al sofá, y toma su laud.*) Príncipe Cárlos, voy á tocar otra vez esta arieta; escucharla será vuestro castigo.

CARLOS.—(*Se sienta, no sin embarazo, junto á la Princesa.*) Castigo apetecible como mi falta. Por cierto que el canto me ha parecido tan bello y celestial, que le oiré con gusto tercera vez.

PRINCESA. — ¡ Cómo !... lo habeis oido... Esto es horrible, Príncipe. Era, me parece, un canto de amor...

CARLOS. — Y si no me engaño, de un amor feliz. ¡ Linda letra para estos labios, pero sin duda más bella que verdadera !...

PRINCESA. — ¿ Qué verdadera ?... decis... Así, ¿ vos dudais ?

CARLOS. — (*Con seriedad.*) Dudo casi que Cárlos y la Princesa de Éboli puedan jamas comprenderse tratándose de amor. (*La Princesa se sorprende, él la observa, y continúa como galanteándola.*) Porque ¿ cómo el que vea vuestras sonrosadas mejillas podrá creer que la pasion agita vuestro pecho ? ¿ La Princesa de Éboli puede correr el peligro de suspirar en vano y sin ser escuchada ? Sólo conoce el amor quien ama sin esperanza.

PRINCESA. — (*Recobrando su alegría.*) ¡ Oh ! Callad, esto es espantoso. No parece que sea esta precisamente la desgracia que hoy os persigue, hoy menos que ningun otro dia, buen Príncipe. (*Le toma la mano con ternura.*) No estais muy alegre que digamos, por vida mia... Parece que sufris mucho... ¿ Es posible ?... ¿Por qué sufris, Príncipe ?... ¿ Vos, llamado á las delicias de este mundo, dotado de los presentes de pródiga naturaleza, nacido para aspirar á los goces de la vida vos, hijo de un gran Rey, que en vuestra cuna de Príncipe fuisteis ademas colmado de aquellos dones que eclipsan el mismo esplendor de vuestra elevada jerarquía ; que en el riguroso tribunal de las mujeres las habeis fascinado... á ellas que sentencian sin apelacion sobre el valor y la gloria de los hombres ; vos, á quien basta una mirada para vencer, y que enardeceis con la propia frialdad ;... cuyo amor daria el cielo y la dicha de los dioses ;... el elegido por la naturaleza entre mil para colmaros de felicidad y de incomparables cualidades... vos sufris ?... ¡ Oh, Dios mio !... tú que se lo prodigaste todo, ¿ por qué le niegas ojos para ver sus triunfos ?

CARLOS. — (*Que durante este rato ha permanecido absorto y distraido, vuelve en sí y se levanta súbitamente.*) Perfectamente ; esto es incomparable, Princesa. Cantadme este trozo una vez más.

PRINCESA. — (*Mirándole sorprendida.*) Cárlos, ¿en qué pensabais ?

CARLOS. — (*Se levanta.*) ¡ Ah ! ¡ por el cielo ! Vos me lo recordais. Á propósito ; es preciso que vaya cuanto antes.

PRINCESA. — (*Deteniéndole.*) ¿ Dónde ?

CARLOS. — (*Con cruel ansiedad.*) Á fuera ; á respirar el aire libre. ¡ Dejadme, Princesa ! Paréceme que el mundo arde en llamas detras de mí...

PRINCESA. — (*Deteniéndole con fuerza,*) ¿ Qué teneis ? ¿ A qué se debe tan raro proceder ? (*Cárlos se detiene y reflexiona ; ella aprovecha este instante para atraerle al sofá.*) Teneis necesidad de descanso, querido Cárlos ; estais agitado. Sentaos cerca de mí, y alejad de vues-

tra mente esta negra pesadilla que engendra la fiebre. Si os preguntarais francamente, ¿conozco lo que oprime mi corazon? si lo supierais, ¿no habrá entre los caballeros de esta córte y entre las damas, nadie que lo consuele, que lo comprenda, quiero decir, nadie que sea digno?...

CARLOS.—(*Distraido.*) Tal vez la Princesa de Éboli...

PRINCESA.—(*Con alegría y viveza.*) ¿Es cierto?

CARLOS.—Dadme una carta, una recomendacion para mi padre. Dádmela. Dicen que gozais de mucha influencia.

PRINCESA.—¿Quién lo dice? ¡ah! la duda selló tus labios.

CARLOS.—Probablemente. La historia es ya pública: concebí de pronto el proyecto de ir á Brabante á ganar mis espuelas. Mi padre teme que el mando del ejército perjudique á mi voz.

PRINCESA.—Cárlos, os estais mofando de mí. Confesadlo; quereis escaparme con estos movimientos de culebra. Miradme de hito en hito, hipócrita. Quien sólo sueña en caballerescas hazañas ¿podria rebajarse á escamotear con avidez las cintas que las damas dejan caer? y permitidme (*levanta ligeramente la gorguera de Cárlos y coge una cinta que estaba oculta*), y guardarlas con tal cuidado?

CARLOS.—(*Retrocediendo con sorpresa.*) Princesa, no; esto es demasiado; sin duda soy víctima de una traicion. Es imposible engañaros; os entendeis con el demonio con los malos espíritus.

PRINCESA.—Parece que os sorprende. Apostemos, Príncipe, que yo os recuerdo cosas... cosas... Probadlo; interrogadme. Si no han pasado inadvertidas para mí, ni vuestras genialidades, ni vuestro acento sofocado, ni vuestra sonrisa, desvanecida al instante para dar lugar á la gravedad, ni vuestros menores gestos y actitudes, juzgad si habré comprendido lo que queriais darme á comprender.

CARLOS.—Esto es aventurar mucho, pero acepto la apuesta, Princesa. ¿Prometeis descubrir en mi corazon algo que ni yo mismo supe nunca que existiera?

PRINCESA.—(*Levemente ofendida y con gravedad.*) ¿Nunca, Príncipe?... Pensadlo mejor... Mirad que no os hallais en el gabinete de la Reina, donde es de rigor un poco de disimulo. Estais turbado, y os ruborizais de pronto. Realmente. ¿Quién podrá ser tan perspicaz y atrevido, y quien estará tan desocupado para espiar á Cárlos, cuando Cárlos se cree al abrigo de toda vigilancia? ¿Quién habrá podido notar que en el último baile dejó á la Reina, de quien era el acompañante, para dirigirse con premura á un grupo vecino y tender la mano á la Princesa de Éboli dejando á su real pareja? Distraccion, Príncipe, que observó el mismo Rey, parecido en aquel instante.

CARLOS.—(*Con sonrisa irónica.*) ¿Hasta el Rey? En verdad, querida Princesa, que el caso no le debió parecer singular.

PRINCESA.—Ni más ni menos que la escena de la capilla del castillo, que sin duda el mismo príncipe Cárlos no recordará. Os hallabais á los piés de la Vírgen, abismado en la oracion, cuando de repente... ¿qué culpa tuvisteis de ello?... rozaron el pavimiento á vuestra espalda las colas de algunas damas. Héteme aquí que el heroico hijo del rey Felipe empieza á temblar como un hereje delante del Santo Oficio; espira la oracion en sus pálidos labios y en el arrebato de la pasion... fué aquella, Príncipe, una comedia conmovedora... cogisteis la santa y fria mano de la Vírgen y cubristeis el mármol de ardientes besos.

CARLOS.—Cometeis conmigo una injusticia, Princesa; fué devocion.

PRINCESA.—¿Sí? esto es otra cosa, Príncipe; entonces fué tambien por el temor de perder, que un dia que Carlos jugaba con la Reina y conmigo, me hurtó

mi guante con pasmosa habilidad. (*Cárlos se levanta turbado.*) Bien es verdad que un momento despues, fué harto galante para arrojarlo sobre la mesa en lugar de una carta.

CARLOS. — ¡ Oh, Dios mio, Dios mio ! ¿ Qué hice yo?

PRINCESA.—Nada que debais negar á mi juicio. Grande fué mi júbilo y mi sorpresa, cuando inesperadamente hallé un billete que habiais sabido ocultar en el guante. La más patética poesía que...

CARLOS.—(*Interrumpiéndola súbitamente.*) Versos nada más. Con frecuencia se desprenden de mi cerebro estas ligeras burbujas que se desvanecen del modo que se forman. No hablemos más en esto.

PRINCESA. — (*Alejándose sorprendida y mirándole un instante.*) Lo he apurado todo; todas mis tentativas resbalan sobre este hombre extraño como sobre una serpiente. (*Calla durante breve rato.*) ¡Pero calle! si todo se debiera á su extraordinario orgullo, que empleando la máscara de la timidez, pretendiera hacer más dulces sus placeres! sí... (*Se acerca al Príncipe, y le mira perpleja.*) Príncipe, decidme por fin... me hallo delante una puerta cerrada, encantada, que mis llaves no pueden abrir.

CARLOS. — Lo mismo me pasa á mí con respecto á vos.

PRINCESA. — (*Se aparta de improviso, se pasea en silencio por el gabinete y parece preocupada con una idea importante. Por fin le dice, con acento grave y solemne.*) Bien, sea; es fuerza que me resuelva á hablar. Os hago juez de mi causa; sois leal, sois un hombre, en una palabra; sois príncipe y caballero; me arrojo en vuestros brazos: vos me salvareis, y si me pierdo para siempre, llorareis mi suerte. (*El Príncipe se acerca á ella con curiosidad, interes y sorpresa.*) Un insolente favorito del Rey, Ruy Gomez, conde de Silva, codicia mi mano. El Rey lo quiere y ya está acordada la venta. Soy vendida á su favorito.

CARLOS. — Vendida y siempre vendida, y siempre por el renombrado traficante de España.

PRINCESA. — No; antes, escuchadlo todo. No basta sacrificarme á la política, sino que se atenta á mi inocencia. Tomad; este escrito puede desenmascarar á este santo varon. (*Cárlos toma el papel, pero su impaciencia no le permite leerlo y sigue escuchando á la Princesa.*) ¿ Dónde encontraré, Príncipe, quien me salve ? Hasta ahora mi orgullo ha protegido mi virtud, pero al fin...

CARLOS.— Al fin habeis sucumbido; ¿ habeis sucumbido ? ¡ No ! no ! ¡ en nombre del cielo no !

PRINCESA.—(*Con nobleza y altivez.*) ¿ Y por quién ? miserable juicio ! ¡ Cuán débiles son los despreocupados! Estimar los favores de una mujer, la dicha del amor, como mercancía de la cual puede disponerse siendo como es la única cosa que sólo se compra á cambio de sí misma. El amor es el único precio del amor; el diamante inestimable que quiero dar ú ocultar eternamente, sin gozar jamas de él, como aquel rico mercader que insensible al oro de Rialto y desafiando á los reyes, arrojó su perla entre los tesoros del mar, no queriendo en su orgullo abandonarla por menos de su valor...

CARLOS.— ¡ Por Dios vivo ! ¡ Me gusta esta mujer !

PRINCESA. — Poco me importa que me tilden de caprichosa ó de vanidosa; yo no reparto mis placeres. Al único que escoja, le daré todo por todo, y una sola vez y para siempre. Mi amor hará tan sólo la felicidad de uno, pero esta felicidad será divina. La arrobadora armonía del sér humano... el beso... la dicha de la hora propicia, la mágia celestial de la belleza, no son más que colores de un solo rayo, hojas de una misma flor, ¿ y podria yo ¡ insensata ! marchitar una sola hoja del sonriente cáliz y profanar la majestad de la mujer, la obra maestra de Dios, para alegrar los últimos dias de un disoluto ?

CARLOS.—¡Me parece increible! Cómo, ¡Madrid poseia semejante doncella, y yo no la conozco hasta hoy!

PRINCESA.—Mucho tiempo haria que me hubiera retirado de la córte y del mundo para sepultarme en un claustro, si no existiera aún para mí un lazo único y omnipotente que me encadena á él... ¡Ay! es una ilusion tal vez, pero tan preciosa para mí! Amo, y no soy correspondida.

CARLOS.—(*Acercándose á ella con fuego.*) Lo sois: es tan cierto como que hay un Dios en el cielo; lo juro. Lo sois y con amor indecible.

PRINCESA.—¿Me lo jurais? ¡Vos!... ¡Ah! oigo la voz de mi ángel... Sí; si realmente lo jurais, Cárlos, os creo y lo soy.

CARLOS.—(*La oprime entre sus brazos con ternura.*) Tierna y noble doncella, adorable criatura. Mis ojos, mis oidos, todo se arroba y admira delante de tí... ¿Quién que te haya conocido en su vida podrá envanecerse de no haber amado nunca? ¿Pero que vienes á hacer aquí, ángel hechicero, en la córte del rey Felipe, entre frailes, y bajo la dominacion de los frailes? No se hizo este cielo para tales flores... Ellos podrian marchitarlas... podrian... ya lo creo. Mas, juro por mi vida que no será; te ciño con mis brazos, y en brazos te llevaré á traves de los demonios y del infierno... Sí; ténme por tu salvador.

PRINCESA.—(*Con mirada amorosa.*) Oh! Carlos, ¡cuán mal os juzgaba! ¡Con qué largueza y maravilla recompensa vuestro noble corazon la fatiga que ha costado comprenderle! (*Toma su mano é intenta besarla.*)

CARLOS.—(*Retirándola.*) Princesa, ¿qué os pasa?

PRINCESA.—(*Con gracia y dulzura, y mirando fijamente su mano.*) ¡Qué bella es! ¡qué pródiga! Príncipe; esta mano tiene aún dos preciosos dones que entregar: una diadema, y el corazon de Cárlos, y ambos tal vez á una mortal, á una sola: ¡presente demasiado grandioso quizá para una sola mortal!... Y qué, Príncipe, ¿si os decidierais á una particion? Las reinas suelen amar mal, porque la mujer que sabe amar no sabe reinar... Tanto mejor, Príncipe; repartireis entre dos, semejantes dones, cuanto antes, cuanto antes. Tal vez lo habeis hecho ya; ¿lo habreis hecho realmente?... Tanto mejor... ¿Conozco yo á la afortunada?

CARLOS.—Tú la conocerás; yo me descubriré á tí, inocente criatura sin mancha, la primera y la única de esta córte digna de conocer mi alma entera. Sí, no quiero negarlo... amo...

PRINCESA.—¡Ah, perverso! ¿era tan difícil esta confesion! ¿no era tambien digna de piedad pareciéndote digna de amor?...

CARLOS.—(*Sobrecogido.*) ¿Qué? ¿qué decis?

PRINCESA.—¡Jugar conmigo de este modo! en verdad, Príncipe, que no haceis bien. ¡Y negar hasta la llave!

CARLOS.—La llave! la llave! (*Despues de reflexionar en silencio.*) Sí... esto era. Ahora lo advierto... ¡Oh, Dios mio! (*Se doblan sus rodillas y se apoya en una silla ocultando el rostro.*)

PRINCESA.—(*Despues de un momento de silencio lanza un grito.*) Desdichada, ¿qué hice?

CARLOS.—(*Levantándose y con el más vivo dolor.*) ¡Caer tan bajo desde lo alto de mi cielo, es horrible!

PRINCESA.—(*Ocultando el rostro.*) ¡Dios mio, qué descubrimiento!

CARLOS.—(*De rodillas.*) No soy culpable, Princesa. La pasion... un fatal error... Os juro que no soy culpable.

PRINCESA.—(*Rechazándole.*) ¡Salid de mi presencia en nombre del cielo!

CARLOS.—Jamas... abandonaros en tan espantosa agitacion...

PRINCESA.—(*Rechazándole con fuerza.*) Salid por piedad, por generosidad, si no quereis matarme. Odio vuestra presencia. (*Cárlos va á salir.*) Devolvedme mi carta y mi llave. ¿Dónde habeis metido la otra carta?

CARLOS.—¿La otra carta? ¿cuál?

PRINCESA.—La del Rey.

CARLOS.—(*Con espanto.*) ¿De quién?

PRINCESA.—La que os entregué hace poco.

CARLOS.—¿Era del Rey? Y para quién? Para vos?

PRINCESA.—¡Cielos! ¡En qué embrollo me he metido! ¡La carta! dádmela; la quiero.

CARLOS.—¿La carta del Rey? Y para vos?

PRINCESA.—¡La carta! por toda la córte celestial...

CARLOS.—Esta carta que debia desenmascarar á cierto...

PRINCESA.—Yo muero; dádmela.

CARLOS.—La carta...

PRINCESA.—(*Junta las manos con desesperacion.*) ¡Insensata! ¡en qué peligro me he puesto!

CARLOS.—La carta es del Rey. ¡Ah, Princesa! esto muda el aspecto de las cosas. (*Con la carta en la mano y con satisfaccion.*) Documento precioso, peligroso, inestimable que no podrian comprar todas las coronas de Felipe, asaz baladíes y de poco precio. Guardo esta carta. (*Váse.*)

PRINCESA.—(*Corre á su encuentro.*) ¡Dios mio! estoy perdida...

ESCENA IX.

PRINCESA, sola.

(Permanece un instante absorta y fuera de sí; despues de haber salido él, corre hácia la puerta llamándole.)

¡Príncipe! ¡una palabra! ¡Príncipe! oidme... se aleja. ¿Esto más? me desprecia. Héteme en un aislamiento horrible, rechazada, despreciada. (*Cae en un sillon; despues de un momento de silencio.*) No; ¡pero sacrificada á una rival! ama; no hay duda, puesto que él mismo lo ha confesado; ¿pero quién es esta mujer feliz? Por lo visto ama á quien no debiera, ya que teme ser descubierto y oculta su pasion al Rey. ¿Por qué al Rey que desearia verle enamorado? ¿ó será tal vez que teme al padre? Cuando ha sabido los galanteos del Rey, su rostro se ha regocijado y parecia feliz y contento; ¿por qué su virtud severa no le ha censurado precisamente esto? De qué le aprovecha que el Rey, infiel á la Reina... (*Se detiene como sobrecogida por un pensamiento repentino, al propio tiempo saca de su seno la cinta que tomó á Cárlos, la mira y la reconoce al instante.*) ¡Oh, cuán insensata era! ¿dónde tenia los ojos? por fin se abren á la luz... se amaban, se amaban antes que el Rey la eligiese... El Príncipe nunca me ha visto sin ella; en ella pensaba, pues, mientras yo me creia amada tan inmensamente y con tal ardor; ¡ah! ¡engaño sin ejemplo! ¡y yo le revelé mi flaqueza! (*Pausa.*) ¿Amará sin esperanza? no puedo creerlo; un amor

sin esperanza no habria resistido á esta lucha. No se sacrifica á este amor una dicha por la que suspira en vano el Rey más poderoso del orbe. ¡ Qué ardiente era su beso y con qué ternura me oprimia sobre su palpitante corazon! La prueba era demasiado fuerte para su romancesca fidelidad si no fuese premiada... tomó la llave que creia recibir de la Reina, creyó en este paso de gigante; llega aquí, pues, pensando que la mujer de Felipe ha sido capaz de dejarse arrastrar á tamaña resolucion!... ¿cómo, cómo hubiera podido creerlo, si graves pruebas no le hubiesen alentado? esto es claro; fué oido y ella le ama; la muy santa se ha dejado enternecer. ¡ Qué habilidosa! yo misma temblaba en la presencia altanera y temible de esta virtud, y parecíame que un carácter superior se elevaba delante de mí, eclipsándome con sus esplendores; envidiaba á su belleza, su augusta serenidad, libre de todas las agitaciones de nuestra naturaleza mortal. ¡ Y esta serenidad era sólo aparente! ¿Pretende quizas gustar de una noble dicha conservando hábilmente el exterior de una virtud sobrehumana y saboreando al propio tiempo las secretas delicias del vicio? En esto consiste su audacia; ¿conseguirá su hipócrita empeño, sin que lo impida la venganza por falta de un vengador? ¡No, por el cielo! yo le adoraba, y esto pide venganza; el Rey conocerá esta bellaquería... ¡ El Rey! (*Despues de un momento de reflexion.*) Sí; este es el medio para que lo sepa.

ESCENA X.

Una habitacion del palacio del Rey.

EL DUQUE DE ALBA.—DOMINGO.

DOMINGO.—¿Qué quereis decirme?

ALBA.—Debo comunicaros un descubrimiento importante que hice hoy, del cual quisiera poseer la clave.

DOMINGO.—¿Qué descubrimiento? ¿De qué se trata?

ALBA.—El príncipe Cárlos y yo nos hemos encontrado esta tarde en el salon de la Reina. Me habia ofendido. Nos hemos acalorado y venido por fin á las armas, cruzando los aceros; oye este rumor la Reina y abre la puerta; se lanza entre ambos y dirige al Príncipe una mirada que expresaba confianza en su poder. A esta mirada, su brazo se detiene, se arroja á los mios, me estrecha con ardor, y desaparece.

DOMINGO.—(*Despues de breve pausa.*) Esto da lugar á la sospecha y me recuerda algo, Duque... Confieso que de mucho tiempo á esta parte germina en mí un pensamiento de este género; sueño que rechazaba y no confié á nadie todavía. Porque hay puñales de doble filo, amigos dudosos y desconfio de ellos. Es difícil conocer á los hombres y más difícil penetrarlos. Las palabras que se nos escapan son confidentes irritados. Esta es la causa de que ocultara mi secreto, esperando la hora de revelarlo, porque es peligroso, Duque, prestar ciertos servicios á los reyes, y errar el tiro expone á ser herido de rechazo. Cuanto dijera podria jurarlo por la sagrada hostia, pero pesan más en la balanza un testigo ocular, una palabra sorprendida, un trozo de papel, que mis íntimas convicciones. Por desgracia nos hallamos en España.

ALBA.—¿Y por qué, por desgracia?

DOMINGO.—En cualquier otra córte la pasion puede olvidarse, pero aquí se halla retenida por la severidad de las leyes. Difícil es que una reina ceda, ya lo creo... Mas por desgracia hasta que llegaremos á sorprenderla...

ALBA.—Oidme todavía. Cárlos ha visto hoy al Rey. La audiencia ha durado una hora. Solicitaba el gobierno de los Países-Bajos en alta voz y con tal vivaci-

dad que le he oido desde el gabinete. Cuando le hallé junto á la puerta tenia los ojos enrojecidos por el llanto, y despues cuando le he visto por la tarde, se me presenta con aire de triunfo. Me dice que se alegra de que el Rey me haya otorgado la preferencia, y que le da las gracias por ello. Las cosas han cambiado, añade, y vale más así. Él no ha sabido nunca disimular; ¿cómo explicar, pues, sus contradicciones? el Príncipe se alegra de ser pospuesto y el Rey me concede una gracia, con todas las apariencias de su cólera. ¿Qué debo creer? En verdad que esta nueva dignidad parece más un destierro que un favor.

Domingo.—A este punto han llegado las cosas; ¿y será derribado en un instante lo que hemos construido á fuerza de tantos años? ¿y permaneceréis tan sereno é impasible? Acaso no conoceis á este jóven; ¿no preveis que nos espera el dia en que el Príncipe suba al trono? No soy ciertamente su enemigo. Otros cuidados turban mi reposo, que dicen al trono de Dios y á su Iglesia... El Príncipe... le conozco bien, he penetrado en su alma; el Príncipe alimenta un terrible proyecto, Duque; el proyecto de ser regente y abjurar nuestra santa religion. Su corazon arde por nuevas virtudes que se bastan orgullosas á sí mismas y no imploran ninguna creencia. El Príncipe piensa; su mente se enardece con extrañas ilusiones; honra al hombre; ¿será él, Duque, quien nos convenga por rey?

Alba.—Fantasmas y nada más. Sugestiones tal vez del orgullo juvenil, que aspira á representar su papel y no halla otro partido. Esto pasará cuando le llegue el turno de reinar.

Domingo.—Lo dudo. Se siente orgulloso de su libertad y no está acostumbrado al yugo con que se somete á los otros. ¿Conviene un hombre así para nuestro trono? Su alma osada y gigantesca franqueará los límites de nuestra política. En vano intenté, por algun

tiempo, enervar su altivo carácter con los placeres, pues ha resistido á esta prueba. Es terrible cosa un alma de su temple en un cuerpo como el suyo... Y en tanto, Felipe va á cumplir sesenta años.

Alba.—Muy lejos se extiende vuestra mirada.

Domingo.—El y la Reina son una sola persona. El veneno de la Reforma se ha infiltrado en su corazon, y aunque hasta ahora permanece oculto, bien pronto ganará terreno y alcanzará al trono. Conozco á esta Valois; temamos, pues, la venganza de esta secreta enemiga si Felipe se muestra débil. Pues la fortuna nos es todavía favorable, ganémosles por la mano, y envolvámosles á ambos en la misma red, dando aviso al Rey, hoy mismo, con pruebas ó sin ellas; que si se conmueve, será ya bastante. Nosotros por nuestra parte no dudamos, y cuando la persuacion existe, no es difícil persuadir. Tampoco lo será descubrir algo más, si desde luego nos convencemos de que estamos obligados á ello.

Alba.—Falta todavía un punto importante... ¿quién se encarga de informar al Rey?

Domingo.—Ni vos, ni yo. Oid lo que tengo preparado de mucho tiempo acá, exclusivamente atento á mis grandes proyectos, seguidos con tranquila paciencia. Nos falta para completar nuestra liga una persona y es la más importante. El Rey ama á la Princesa de Éboli, y yo mantengo esta pasion, propicia á mis deseos. Soy su emisario. Haré entrar á la Princesa en nuestro plan, y si mi trama sale bien, esta jóven será nuestra aliada, nuestra reina. Ella misma me ha dado una cita en este salon... Todo lo espero... ¿Quién sabe si una doncella española deshojará en una sola noche las flores de lis de los Valois?

Alba.—¡Qué oigo! ¿Es cierto cuanto me decís? Me sorprende, vive Dios! Fraile... yo te admiro. Hemos ganado la partida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

DOMINGO.— Silencio... ¿ quién viene ?... Es ella... ella misma...

ALBA.— Aguardaré en la habitacion inmediata, y si...

DOMINGO.— Perfectamente. Os llamaré.

(*El Duque se va.*)

ESCENA XI.

La PRINCESA.—DOMINGO.

DOMINGO.— Estoy á vuestras órdenes, Princesa.

PRINCESA.— (*Despues de haber mirado con curiosidad al Duque.*) ¿No estamos solos? Veo un testigo junto á vos.

DOMINGO.— ¡Cómo!

PRINCESA.— ¿Quién, pues, acaba de salir de aquí?

DOMINGO.— El Duque de Alba, Princesa, quien pide permiso para hablaros despues de mí.

PRINCESA.— ¿El Duque de Alba? ¿Qué quiere? Qué puede querer? Vos sin duda me lo direis.

DOMINGO. — ¿Yo? ¿Y sabré antes á qué debo el honor de hallarme con la Princesa de Éboli, cuando me ví privado de él hace tanto tiempo? (*Despues de un momento de silencio, aguardando su contestacion.*) ¿Podré saber si alguna circunstancia os vuelve favorable á los deseos del Rey? ¿Podré esperar fundadamente que con mejor acuerdo aceptais sus ofrecimientos rechazados tan sólo por capricho? Aguardo con ánsia...

PRINCESA. — ¿Disteis al Rey mi última respuesta?

DOMINGO. — He diferido el instante de causarle esta mortal herida. Aún es tiempo, Princesa; vos podeis evitarla.

PRINCESA. — Anunciad al Rey que le aguardo.

DOMINGO. — ¿Hablais con seriedad, Princesa?

PRINCESA. — Espero que no supondreis que me bur-

Entrevista de la princesa de Éboli con Domingo y el Duque de Alba.

lo. Pero me asustais. Dios mio, ¿qué habré hecho yo, si vos mismo palideceis al oirme?

DOMINGO. — La sorpresa... Apenas puedo concebir!...

PRINCESA. — Reverendo padre, vos no debeis concebirlo, y por todos los bienes de este mundo no quisiera que me hubieseis comprendido. Á vos debe bastaros que sea así, y ahorraros el trabajo de inquirir quién produjo con su elocuencia semejante cambio. Añadiré para vuestro consuelo, que ni vos ni la Iglesia teneis parte en mi falta, bien que vos mismo me hayais demostrado que en ciertos casos la Iglesia sabe valerse, para elevados fines, hasta del cuerpo de una doncella. No, no es esto... Estas piadosas razones, reverendo padre, son para mí demasiado sublimes...

DOMINGO. — Pues bien, Princesa; las abandono por supérfluas.

PRINCESA. — Decid de mi parte al Rey que no se engañe con respecto á mí por este paso, pues soy la misma que era; sólo ha mudado la situacion de las cosas. Cuando rechacé indignada sus ofrecimientos, le creia el feliz esposo de la más bella Reina, y pensé que su fiel esposa merecia este sacrificio de mi parte. Sí, creí entonces... entonces... Pero ahora estoy mejor informada...

DOMINGO. — Continuad, Princesa, continuad; veo que nos comprendemos.

PRINCESA. — Basta. Está descubierta y no he de callarlo más. Su habilidosa farsa está descubierta. Al Rey, á la España entera, á mí, á todos nos ha engañado. Ama; sé que ella ama. Tengo pruebas que la harán temblar. El Rey es engañado; ¡que no lo sea sin tomar venganza! Yo le arrancaré esta máscara de resignacion sublime y sobrehumana, y todos reconocerán la frente de la culpable. Será á costa de enorme sacrificio, pero me embriaga y es para mí un triunfo pensar que á ella no le costará menos.